

TRASGO



CIUDAD SIN ÁLAMOS

TRASGO

CIUDAD SIN ÁLAMOS

EZEQUIEL D'LEÓN MASÍS



Edición al cuidado de
Julio Serrano
2009

Editorial Libros Mínimos

w w w . l i b r o s m i n i m o s . o r g

Esta obra está licenciada bajo una Licencia de
Creative Commons. Para ver una copia de esta
licencia, visite

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/>



TRASGO



Este libro fue publicado por la editorial 400 elefantes como una plaquette en Managua en el 2000, año en el que el mundo fuera destruido por un potente virus informático.

TRASGO

Apareció en el viento
la luz y la letra:
un par de suertes
hilvanando poesía y movimiento.

Vi lágrimas uniendo mis ojos
a una sentencia:
la poesía es un Trasgo invisible.

Intentar conocerle no es de poetas.
El poeta
escucha sus pasos de *duende*,
su tacto
lo capta,
su presencia
la siente,
mas su vista no lo atrapa.
La poesía es un Trasgo invisible.

POEMA NECESARIO

Encontré a la Luna
desordenando mis poemas,
Exprimió el lenguaje de las cosas
y lo transmutó en poesía,
recorrió los extremos de su jaula
y hundió mis versos
en la sombra
del hermetismo.

La sorprendí cuando el fuego,
harto de metáforas abstrusas,
se consumía a sí mismo
dejando,
en la humareda,
mi condena.

Vi zurcir la boca de mi Trasgo
con los hilos del tiempo y de la nada.
El estruendo del *a r t e*
y los colores opacos del idioma
mutilaron sus brazos.

La
u
n
a me ha dejado
un Trasgo
envuelto en *páginas*
blancas.

METEMPSICOSIS LITERARIA

a Juan Sobalvarro

Vemos la insólita confluencia
de rígidos moldes formales
que rinden culto a un mismo ídolo...

Somos capaces de advertir ese vaho
que nos altera tanto los sentidos
y que llamamos Literatura;
lo vemos escapar
entre los caracteres
que juntos forman estrofas o párrafos,
versos o prosas articulistas...

Y en el fondo,
luego de revolver la jugosa forma,
saboreamos de nuevo una misma cosa,
esa gota insistente que no deriva en géneros,
que es única y es múltiple:

a	La
r	iteratura
u	teratura
t	eratura
a	ratura
r	atura
e	tura
t	ura
i	ra
	<i>Literatura</i>

LITERO-PARANOIA

*"...hay que desenterrar la palabra perdida,
soñar hacia dentro y también hacia afuera,
descifrar el tatuaje de la noche y mirar cara a cara
al mediodía y arrancarle su máscara".*

Octavio Paz

La poesía y sus abismos
forman el lenguaje de mis sueños.
Las palabras que ocultas se derriten
en versos que no he escrito,
son monstruos.

Pienso en poesía y soy poeta,
pienso en la muerte y soy tiempo.

Mi memoria es ficticia por ser verdadera,
los recuerdos
caen
del reloj
que duerme
y cuando la tilde
de
su
péndulo es marcada,
despierto.

DE LA PALABRA, PALABRA

La eterna y sofocante
aglomeración insoluble
de palabras tras palabras,
en el orden preciso del azar,
emite conceptos oscuros
que definen una Obra Maestra...

El poeta mantiene la constante duda
inmersa entre la distancia
del crear y el ordenar.
Es esclavo de su inspiración,
se encierra en el inventario
que la casualidad imprime sobre su frente.
Busca y alimenta
toda la fuerza combinatoria,
cualquierizándola en vastos desiertos de ceniza
y al final entiende
que detrás de una palabra hay otra.

ROSTRO SIN MOLDE: CALLA LO HABLADO

A Wilfredo Fuentes

*“como un solo río interminable bajo arcos de siglos
fluyen las estaciones y los hombres,
hacia allá, al centro vivo del origen”.*

Octavio Paz

Con el sonido en el silencio
descascaro la sangre seca
de los viejos retratos de familia.
Ellos, ante la dureza del olvido,
repiten su único rostro de vida con sus gritos,
oídos como el legado inerte,
que al ser inerte
cambia sólo de alma,
copiando con fiel forma su cuerpo
en otro cuerpo y en otro tiempo.

La imagen, la facción del abuelo:
la misma de la progenie,
multiplicándose en número y raza,
raza que con el sonido
aprende a vivir en silencio,
callando lo hablado, lo efímero y duradero.
El todo, antes dicho,
y el nada que se omite,
hijo de un adiós jamás pronunciado,
pero sí vivido.

Todo rebalsado de místicos ríos
volviendo a su curso propio,
único y solariego.
Retornando el peregrinaje
De lunas *infértiles*
hasta encontrar, en el gran lunario,
la luna llena, sola,
acompañada del solitario muro de la herencia
y reproduciendo el mismo molde.

SOMBRAS

Entre los versos de un poema,
 hay sombras de palabras
 dibujando calles estrechas,
 donde otros poemas
 reclaman libertad.

Sus cansados gestos
son fulminados
por la indiferencia del poeta
que voltea la página
y engendra otro poema,
ignorando que reescribe el mismo...

DOMINGO

El frío está varado en el lomo de la vida,
envenenado de engaño por el sopor de un
domingo
extraviado en un charco de estupideces.

La *h'orfandad* sella los huecos de la duda,
el continuo monólogo de mi cabeza hace su
pausa
y me cuelga en el minuterio del mundo
sucio de simulacros, decapitado y petrificado,
oculto en el paisaje nocturno
del mismo domingo que retorna
con otro número en el calendario.

CIUDAD SIN ÁLAMOS



Libro inédito.

LA FIJEZA

*“La fijeza es siempre momentánea.
¿Cómo puede serlo siempre?
Si lo fuese no sería momentánea o no
sería fijeza”.*

O. Paz, *El mono gramático*, 1974.

Apunto lo que me ha sido dado en calcularte.
—Hanuman es el jefe de los monos— me dictas.
—La quietud persiste en quien me mira—
sospecho yo, más tarde.
Soy tu pendolista, literal grafito acuñado al
cabo.
Lo perenne resiste en su tenacidad de
organismo sediento,
por eso, felicidad y agua potable fueron
sinónimos fugaces.

Canícula indecisa,
la gramática fluye encima de nuestro cuerpo.
Volteo atrás y nos veo escritos,
nos leo:
la plaza sola del parque
sólo con nosotros, solos.

Abril, 2003.

PLAZA CHURCHILL

Apoyados los cuerpos sobre la banca
no hacen cosa distinta
que asumir el tránsito de la materia
y su dominó combinatorio.
No ser más por la ciudad hoy
y estar solamente.

La plaza:
médula continua en mi cabeza, perpetua,
sitio sitiado a pleno golpe de su forma.
Gasto el trapo de las conjeturas, anoto.
Paso a texto lo que veo:
cada objeto,
cada encaprichado desvarío.
Y quedo. Quedo en tanto me opino signo:
cubilete sordo sin sentido,
hastío de cobre a la intemperie,
lágrima fecal que conspira
contra la miniatura
oxidada de Winston Churchill.

Después de nada,
hay un cielo vertebrado de fijeza
que desde entonces nos fue propicio,
un minuto radical por sí deciso,

**estable de todo sí: fluyente.
Eso, de suyo, es el poema.**

Febrero, 2003.

DORA MAAR

Harto de tanto segundo piso, yo,
individuo anónimo en el suburbio,
derivo la grisación del espacio.
Por la avenida recoleta, sigo.

El cese de lo visto abulta el ojo:
cero abolido es hoy sobre el asfalto,
resabio en voluntad devenido, así.
No el ocre denso del mimbresqueleto,
ni otras las horas de los otros. Nadie.

Mayo, 2003.

ESCALERA DE MANO

—catálogo fotográfico o vuelta a Dora Maar—

1

Fijo la vista en el tabique.
Ahí están los folios impresos,
extrañas fotografías
 detenidas y en marcha,
alimañas todas del insomnio,
estatuas solares
 en fuga bajo el cierzo,
 asediándome.

Sé que un músculo deforme,
detrás de mí,
yace ahora estupefacto,
rodeado de ruidos o de moscas.

 Entra, ¿cae?, la medianoche.
El endriago mecánico
dispersa vapores insubstanciales.

Lento,
 ausente,
avanzo entre vaguadas.
Éste viento oscuro,
 viento blanco,

pasa del tacto más cerrado
al verbo menos crédulo;
es longitud observable,
anchura orgánica de arterias industriales.

Noto los labios de un recio túnel metálico,
sumergido en los rigores del mal tiempo
y la clausura.

2

Veo, en el tedio, la anilina.
Colores velados. Frías monotonías.
Titubeo cromático que es,
en sí,
titubeo de una fecha precisa.

Ideales caídos.
Ídolos deshabitados.
1935:
aceras,
torpes viaductos,
avances inútiles de las poblaciones,
baldosas que, al paso, dicen nada,
rastros de una sugestión civilizadora
y, en medio, la afluencia
de confusas carnes agotadas:
obreros,
oficinistas,
verticalidad vacía.

La Edad del Progreso en delato:
un ventilador empotrado en el barro,
apenas.

3

Miope en apuros,
dejo atrás los pasillos insondables.

Huyo.

Esquivo cadáveres colgantes,
bastidores violentos
de la aptitud contraria,
límite impuesto
contra algún cráneo vigilante:

Dora Maar,
rotunda en el naufragio
como sólo ella pudo.

CONJETURA DE UBÚ

Severa en lo que observa,
Dora Maar disfruta el vértigo de la idea
mucho antes que la imagen.
(Maldice el auge de la técnica
y el ruido de los motores
al paso de los carros).

No quiere lograr mendigos quejumbrosos
sino instantes de tormento, fijos.
Y va donde los haya.

Busca, inventa nichos de humanidad vacíos
en los que algún gato esté siendo comprimido
por la dureza de una torsión de brazos
o donde algún peón de almacén esté cargando
un maniquí en hombros.

Más todavía, ella se detiene.
Piensa que donde hay ciudad,
por ley, hay también caudillos,
reyes, señores de horca, lo que sea.
¡Hay, pues, el canon del déspota
que gusta de dictar!

Ella se abstrae del ritmo
de sus pasos sobre la acera,
vislumbra al Rey Ubú, sin ropas,
haciendo las veces
de gran polichinela desollado.

(La conjetura ha pasado a ser un diseño.
El diseño, a su vez, un arquetipo).

Rey o mascota de su propia manía,
Ubú es padre de los ciudadanos.
Todo él es el Estado mismo
en un solo bloque ya encarnado:
condena,
decapita,
cobra impuestos;
cree ser un esqueleto sucesivo,
mineral y a un tiempo vivo:
*—Me mantendré en el medio
como una ciudadela viviente
y vosotros gravitaréis
a mi alrededor—* grita Ubú a los esbirros.

Sí. Toca decir ahora que anochece.
Pero toca a todos repetirlo:
el día, fuego muerto, se deshace en trizas...
Yo prefiero cometer otra metáfora.
Entonces, escribo:
las palabras y las cosas
postulan el ocaso,
mientras el candil de la tarde se desploma.

Dora Maar, recluida en el laboratorio,
funda la claridad del gris contra lo blanco;
enjuaga, escurre dos,
tres láminas aún deshabitadas.
Pronto, algo empezará a asomar
sus coágulos inaugurales.
Brotará, allí, como gota de carne,
un feto de armadillo,

encendido a fuerza de sol y tumefacto.
Éste yacerá —larva ciega—
en el ancho centro de la vida,
asediado acaso por suburbios,
capitales, enteras periferias...

LECTURA DE CIUDAD SIN ÁLAMOS

“...estos árboles son ilegibles”.

O. Paz, *El mono gramático*, 1974.

He pensado que Picasso fue un auténtico bribón. Su coquetería de marqués europeo no logró salvarlo de ningún modo. Aludí a Dora Maar durante nuestro almuerzo; su carrera fotográfica —te decía yo— fue aniquilada por Picasso. Él sí perfeccionó su vocación de artista invulnerable, se dio holgada fama, pero jamás quiso entender la decisión de los demás. Pero no es eso a lo que yo iba. Dora Maar venía a cuento en nuestra plática porque hoy no hay ciudad ni alameda en Granada, ni siquiera es posible asociar un solo álamo a este día acalorado. Ayer multipliqué mil veces un álamo en una y otra parte, de él surtió un poema sucesivo, un suburbio gramatical de signos, y eso, para mí, es más ciudad que lo que hoy, así nomás, se nos viene a insinuar como metrópoli colonial, mientras los niños indigentes trafican con caucho azucarado y nos imponen su consumo. En las calles proliferan esos turistas jubilados que abarrotan el país, porque ése es el turismo que tenemos por acá: un vacacionismo para pre-cadáveres y no cosa distinta. Esta mandrágora

citadina es ya otra en su cimiento: no es más aquella binomial y suave que fue para nuestra manía antojadiza. Aunque vos, supongo yo, la retenés aún intacta en tu memoria, inamovible en su detalle. Pero hoy es lo contrario. Todo es turbiedad en las aceras. Todo ocurre como en una fotografía olvidada de Dora Maar. ¡Ya ves, a eso me refería yo con Dora Maar! Sus fotos son el aislamiento de una red vial estática que a nadie le es propia. Nunca hoy, como antes, fue tan nunca por sí solo: que si época veraniega, que si lagoapestado de saponificantes industriales, que si ristra humana interminable tras ese miserable bus (horrendo cubilete de potería), que si monaguillo prepotente, abusado —acaso— por algún respetado Señor Obispo, que si asueto negligente. Indefectiblemente, aquí fue Granada.

19/IV/03.

PIE DE FOTO

A veces revuelco mi asfixia en este hueco de rutas hexagonales donde cada personaje permanece en pie, cada uno encallado como un corcho resistiéndose al fatal hundimiento... En eso se perfila mi necesidad de ver en estas fotos de Maar algo más que una escalera de grises: el cuerpo de Assia que cabecea dislocado de sí mismo por su propia sombra, su clítoris inmenso expuesto entre bruscas claustrocidades de silencio...

se colgó este libro
en el ingrino árbol de los ahorcados
que algunos dan por llamar internet
un extraño día azul y fresco de la temporada lluviosa
del año 2009

